

tan gran siervo de Dios entre en mi territorio; pero supuesto que á ejemplo de nuestro divino Maestro habeis preferido á los justos un hombre cubierto de iniquidades, ahí teneis mi palacio y todas mis posesiones, disponed de ellas como mas os plazca.» Le pidió el Santo un sitio retirado, á fin de hacer oracion con quietud, y el conde le dió un residuo de la casa de campo que habia sido de Ciceron, y se llamaba la gruta de la Herradura. Fueron á buscarle allí sus discípulos fieles, y levantaron un monasterio que subsistió bajo la regla de San Basilio, en el que se decia la misa en griego, pero segun el rito latino. San Nilo murió en este lugar (1005) encargando mucho que no le diesen sepultura en la iglesia, ni pusiesen ningun distintivo en su sepulcro. Vivió noventa y nueve años, sin disminuir ninguna de sus austeridades, sin comer ni beber antes de la hora acostumbrada, sin haberse bañado jamás y sin haber comido de carne ni una sola vez desde el momento en que se retiró. Se habia connaturalizado tanto con la abstinencia, que le habria sido mas penoso quebrantarla que cumplirla exactamente.

El emperador Othon III honró constantemente con su proteccion y amistad á todas las personas que en su tiempo trabajaban en la edificación de la Iglesia, á cada una segun su estado y el espíritu de su vocacion; mas á nadie profesó tanto cariño como á San Adalberto de Praga y á San Bernardo de Hildesheim (1). Habia el emperador conocido en Roma todo el mérito de Adalberto en las muchas conversaciones familiares que tuvo con él, cuando este santo prelado dejó á su pueblo con el consentimiento del Papa para retirarse al monasterio de los Santos Alejo y Bonifacio. La corrupcion de costumbres y la indocilidad de los bohe-

(1) Act. SS. Bened. saec. VI, pag. 581.

mios, entre quienes temia esta alma pura perderse mas bien que esperar santificarlos, le obligaron á solicitar el permiso del Sumo Pontífice para abrazar la profesion monástica. Nada tenia contra sí el prelado, ni en su elevacion á la dignidad episcopal, ni en el gobierno de su diócesis. Hijo del conde Slaving, uno de los caballeros mas poderosos del pais, habiase distinguido desde su edad juvenil por su capacidad, por su piedad, y por una caridad humilde y generosa que le hacia recorrer de noche y con las manos llenas de oro las casas y aun las chozas de los pobres mas infelices; pero despues de mucha resistencia vióse en la necesidad de condescender con el deseo unánime del clero, del duque Boleslao el Piadoso, y de todos los grandes, que le encumbraron á la dignidad episcopal con extraordinarias demostraciones de alegría por parte del pueblo. Colocado en la Silla de Praga (985), ofreció ejemplos de virtud á todos los estados y condiciones, sin olvidar ninguno de los deberes propios de su dignidad. Dividió, segun los cánones, en cuatro partes las rentas de la Iglesia, la primera para la fábrica y ornamentos, la segunda para los canónigos, la tercera para los pobres y la cuarta para él. Guardaba silencio como los monges desde completas hasta prima, despues de lo cual daba audiencia, y luego se aplicaba al estudio de los libros santos, alternando con el trabajo de manos. Aunque tenia una habitacion aseada y una cama muy decente, dormia en el suelo, y á lo mas encima de un cilicio. Era su sueño muy corto, y pasaba en oracion la mayor parte de la noche. Predicaba con frecuencia, visitaba á los enfermos y presos, alimentaba diariamente á doce pobres, y los dias de fiesta repartia abundantes limosnas. Nada omitia para captarse los corazones, uniendo con gran prudencia la dulzura y la severidad.

Pero su pueblo, todavia bárbaro, intratable y tan maligno como grosero é ignorante, afectaba entregarse á los desórdenes que parecian mas insufribles á su santo prelado. Odiaba Adalberto sobre todo la multitud de mugeres entre aquellos malos cristianos, el concubinato de los clérigos y la venta de los esclavos cristianos á los judíos, y no pudo inculcar ningun sentimiento de estos á su rebaño disoluto. Creció el mal luego que se marchó el santo obispo, y se temió con razon que aquel pueblo, que acababa de convertirse y tan imperfectamente, recayese en sus antiguas supersticiones. El duque Boleslao, despues de haber celebrado consejo con el clero, manifestó su recelo al metropolitano, que era Villegiso, arzobispo de Maguncia. Envió este prelado diputados á Roma para que pidiesen á Adalberto, y en efecto le entregó el Papa; pero con la condicion de que su pueblo se habia de mostrar mas dócil, y con la amenaza de que si perseveraban en sus desórdenes los abandonaria para siempre el obispo. Púsose al momento en camino Adalberto, y pasó por Maguncia, donde se habia detenido el emperador cuando volvió de su viaje de Italia. En el mucho tiempo que permaneció allí, vivió con este príncipe en una grande intimidad y en una libertad santa. «No penseis, le decia con frecuencia, en que sois un príncipe poderoso, sino mas bien en que sois un hombre mortal.» Y como Othon estaba todavia en la flor de su edad y era uno de los hombres mas hermosos de su tiempo, «no olvideis, añadía, de que ese cuerpo tan bien formado se ha de convertir en polvo y en corrupcion.»

Cuando Adalberto llegó á Praga, salió á su encuentro un numeroso gentío haciendo grandes demostraciones de alegría y ofreciendo seguir todos sus consejos; mas no tardaron mucho en volver á caer en sus vicios y en su obstinacion. Corrió el santo

obispo á buscar algun consuelo entre los húngaros, gente vecina á Bohemia y sumergida en la idolatria. Dió allí principio al establecimiento del cristianismo, y bautizó al hijo de Geisa, cuarto duque de los húngaros, despues de la entrada de estos en la Panonia; esto es, al príncipe Esteban, quien fué tan fiel á la gracia de su conversion, que mereció ser colocado en el número de los Santos. Volvió Adalberto entretanto á pasar á Roma, y el metropolitano renovó sus quejas, defendiendo en un Concilio que era cosa inaudita y contraria á los cánones verse una iglesia privada de su pastor, cuando este era todavia robusto y estaba en estado de servirla. Adalberto conocia muy bien que nada podria lograr de los bohemios, pero vióse precisado á ceder y volver de nuevo á aquel pais. Consolábase con la esperanza de que muy en breve se le presentaria ocasion de evangelizar á los infieles.

En efecto, su pueblo no quiso recibirle, y no sirviendo de nada la mediacion de Boleslao, duque de Polonia, trató Adalberto de atender á la conversion de los idolatras. Como la Prusia, poco distante de la Polonia, respetaba sobre manera al duque con motivo de la proteccion que recibia de él, el obispo de Praga se hizo á la vela en un navío que se tripuló de orden de aquel príncipe, con una escolta, y pasó á Dantzick, donde bautizó un gran número de personas. Volvió allí á embarcarse, y despues de algunos dias de navegacion por la costa, saltó á una isleta formada por un rio, en la que principió á predicar la doctrina de Jesucristo; pero llegando al mismo tiempo los dueños de la isla le arrojaron de ella á golpes. No contentos con este cruel tratamiento, le sacudieron tan fuertemente con un remo que le derribaron en tierra. «Bendito seas, Señor, exclamó, pues á lo menos he recibido un golpe por amor de aquel que

padeció tanto por mí.» Pasando al otro lado del río, azudieron los bárbaros y le obligaron á embarcarse con sus compañeros, diciéndoles que no les hacían poco favor en perdonarles la vida.

Cuando Adalberto estuvo libre de este peligro, dijo á sus compañeros: «dejémosnos crecer el pelo y la barba, vistámonos del mismo modo que estos pueblos, y pasemos á algun otro distrito donde no seamos conocidos. Viviremos allí con el trabajo de nuestras manos, trataremos familiarmente con ellos, y los sacaremos del precipicio en que quieren perecer.» Pasado el tiempo conveniente se pusieron en camino atravesando grandes selvas, y llegaron á una llanura espaciosa donde no era fácil que dejasen de verlos. Acudieron al punto los paganos, y lo primero que hicieron fué atarlos. El Santo estaba exhortando á sus compañeros á que sufriesen con valor por Jesucristo, cuando un sacrificador de los ídolos, llamado Siggo, se acercó lleno de rabia, y le disparó un dardo que le hirió de muerte. Arrojáronle casi al mismo tiempo otros cuatro dardos á cuyos golpes espiró, pidiendo en alta voz por su salvacion y por la de sus asesinos (997).

San Bernuando, sajón y obispo de Hildesheim en Sajonia, habia sido preceptor de Othon, debiendo á sus raras cualidades que se le confriese este empleo importante desde su edad juvenil. Habia nacido con un carácter idóneo para la virtud y con un genio á propósito, y tenia igual disposicion para las ciencias profundas que para los asuntos políticos y para las artes. Escribía bien, manejaba con destreza el pincel, entendía de arquitectura, desentrañaba con facilidad los asuntos mas enredosos, conocía perfectamente á los hombres, y parecia haber encontrado la llave de todos los corazones. Concilióse en tal grado la confianza de la emperatriz Teofania, griega de nacimiento, y de

los señores alemanes, que le eligieron de comun acuerdo por primer maestro del emperador, cuya estimacion se grangeó tambien, no obstante de oponerse á la voz de los aduladores que solo le hablaban de diversiones, y aun á la condescendencia estremada de la emperatriz para con su hijo. Pero sabia conducirse con tal arte y con unos modales tan finos, que conservó sin cesar el aprecio de cuantos le rodeaban. El joven Othon, despues de la muerte de su madre, puso toda su confianza en Bernuando, y rigiéndose por sus consejos daba el justo valor á los de los lisongeros, aprendiendo desde muy temprano á temer sus artificios y seducción.

Siendo todavía bastante joven Bernuando fué elegido para la Silla de Hildesheim y preferido unánimemente á otros muchos eclesiásticos de ilustre nacimiento que servían en palacio; pero escedía á los ancianos en cordura y en virtud (1). Su devocion le obligaba á pasar la mayor parte de la noche en oracion. Nadie asistía con mas frecuencia á los divinos oficios, y despues distribuía comida y dinero á mas de cien pobres. A pesar de su aplicacion á las funciones eclesiásticas, nunca dejó de cultivar ni de fomentar las artes, cuidando de hacer copiar libros, y formando una rica coleccion de ellos, sin olvidarse de la pintura y de las obras de plata y de hierro. Buscaba y proporcionaba esmerada educacion á los jóvenes de buena índole y que daban muestras de talento. Al mismo tiempo y por un efecto de la elevacion de su genio, servía al Estado en las materias mas importantes con mayor conocimiento y fruto que los grandes del reino. No se contentó con levantar un cuerpo de escelentes tropas para preservar á su pueblo de las correrías de los bárbaros que infestaban la Sajonia, á

(1) Act. SS. Bened. saec. V. pag. 202.

quienes ellas derrotaron muchas veces, sino que construyó dos fortalezas en los dos sitios mas espuestos de la diócesi, y de este modo afirmó la seguridad de todo el país, sin que tantos cuidados le impidiesen enriquecer á su iglesia con la adquisicion de muchos territorios nuevos, edificando allí una porcion de casas considerables, adornando su catedral con pinturas esquisitas, y dándola mucha plata labrada, y entre otras cosas un cáliz de oro que pesaba veinte libras. Una administracion tan digna de alabanzas y de aplausos fué turbada por el arzobispo de Maguncia, que usurpó una parte de la jurisdiccion de Bernuando en un monasterio de mugeres llamado Gandersheim. Despues de varias representaciones que dirigió el santo prelado al arzobispo sin ningun fruto, se quejó al Papa, y marchó á Roma donde estaba entonces el emperador.

Habia sucedido Silvestre II el día 2 de abril de 999 á Gregorio V, que no sobrevivió un año á la amenaza de San Nilo, y murió á los veintisiete de su edad, despues de un pontificado de menos de tres años (1). Silvestre, llamado antes Gerberto, habia adquirido mucha celebracion en los varios estados por donde habia pasado antes de llegar á la dignidad pontificia. Nació en Auvernia, de una familia oscura, tomó el hábito desde muy pequeño en la abadía de Aurillac, fué abad de Bobbio, estuvo luego encargado de la escuela de Reims, donde fué su discípulo el rey Roberto: substituyó en esta iglesia al arzobispo Arnulfo, fué luego depuesto de ella, y trasladado por el favor de Othon III á la Silla de Ravena, y en fin á la Cátedra de San Pedro, en la que no se habia sentado antes ningun francés. En todas partes mostró una penetracion

(1) Papabr. conat.

cion y una ciencia tan prodigiosa para sus contemporáneos, que estos en su simplicidad creyeron y aun le acusaron de que tenia pacto con el demonio. Entre las útiles invenciones debidas á Gerberto antes de que fuese encumbrado á la Silla apostólica, es la principal la del reloj de volante, que estuvo en uso hasta 1650, en cuya época Huyghens substituyó la péndola al volante. Tambien se le atribuye el honor de haber inventado las máquinas de vapor, de lo cual aparece que no son un descubrimiento moderno. Este sábio fué un Papa equitativo y prudente, que lejos de atentar á los derechos de los principes ó de los obispos, usó de los suyos propios con gran moderacion.

Gerberto, convencido de su estravio por el abad Leon, que en calidad de legado apostólico habia presidido el Concilio en que fué restablecido Arnulfo ó Arnaldo de Reims, habia mostrado un sincero arrepentimiento de todo lo que habia escrito en favor de su intrusion en dicha Silla; y despues de su retractacion y reforma fué muy bien recibido por el Papa Gregorio V. Se sabe efectivamente que por consideracion á él aumentó este Papa los privilegios de la Iglesia de Ravena. Hay motivo para creer que Arnaldo de Reims, que entonces estaba ya reconciliado con el rey y con Gerberto, hecho ya Papa con el nombre de Silvestre II, deseó que este confirmase su restablecimiento, porque hay una carta de Silvestre á Arnaldo autorizando lo que se habia hecho en favor de este; y es muy notable la manera con que en esa carta se habla de los derechos de la Santa Sede que Gerberto habia combatido en otro tiempo:

«A la Santa Sede apostólica, dice el Papa, compete restablecer en su dignidad á los que de ella han sido privados, á fin de conservar de este modo á San Pedro la libre potestad de atar, y á fin tambien de que

brille por todas partes el esplendor de la gloria romana. Por tanto, creemos conviene usar de misericordia con vos, oh Arnoldo, arzobispo de Reims, que por algunos escesos habeis sido depuesto; y pues vuestra deposicion se efectuó sin el consentimiento de Roma, es menester mostrar que Roma puede reparar lo que se ha hecho; porque ese es el poder concedido á San Pedro. Silvestre, al restablecer á Arnoldo en todos los derechos de su Silla, cuenta en el número de estos el de bendecir á los reyes de Francia, es decir, el de consagrarlos.

Poco despues de la eleccion de Silvestre y á instancia suya, dió el emperador Othon la ciudad y el condado de Vercelli al obispo de esta diócesis con toda la potestad pública, pena de mil libras de oro á cualquiera que inquietase al prelado en esta posesion; providencia muy notable, pues á egemplo de las donaciones de Pipino, Carlo-Magno, Luis el Piadoso, etc. atribuye espresa y formalmente la potestad pública á una iglesia. Hizose la donacion en Roma á 7 de mayo del año 999 (1).

En el último viage de Othon á aquella capital, que fué en 1001, el Papa Silvestre congregó el concilio que habia de decidir la controversia entre San Bernuado y Villegiso de Maguncia. Quejóse principalmente Bernuado de que despues de haberse puesto en camino para ir á Roma, y á pesar de sus protestas, habia celebrado Villegiso un sínodo en Gandersheim. El Papa preguntó al concilio si debia reputarse sínodo una asamblea celebrada por aquel arzobispo y sus partidarios en una iglesia que habian poseido siempre los obispos de Hildesheim. Los Padres, que eran veinte, á saber: diez y siete italianos y tres alemanes, contestaron que semejante sínodo era un acto cismático

(1) Baron. ann. 999 circ. fin

y de ningun efecto, segun los cánones; y entonces pronunció Su Santidad la decision en estos términos: «Por la autoridad de los Apóstoles y de los Padres anulamos lo que en ausencia de nuestro hermano Bernuado ha sido egecutado en Ganderseim en su diócesis por el arzobispo Villegiso y sus fautores.» Esta conducta de los occidentales del siglo XI, puede compararse con la observada en el V por Teófilo de Alejandria en su concilio de la Encina contra San Juan Crisóstomo, y entonces podrá conocerse prácticamente si la ignorancia é imbecilidad atribuidas á la segunda edad de la Iglesia merecen cuanto han dicho contra ella sus detractores.

El emperador Othon, que quiso asistir al concilio romano, fundó durante este viage un monasterio cerca de Ravena en honor de San Adalberto de Praga. En la misma ciudad de Roma, en la isla del Tiber, mandó edificarle tambien una iglesia en que se colocaron con otras muchas reliquias, las manos del Santo mártir adornadas con oro y piedras preciosas. Habíalas llevado Othon desde Gnesne, que era entonces la capital de Polonia, adonde habia ido, movido de los muchos milagros obrados en el sepulcro del Santo desde que el duque Boleslao consiguió le cediesen su cuerpo los bárbaros, y le hizo enterrar en aquella iglesia. Cuando el emperador descubrió la ciudad de Gnesne, se descalzó y caminó así hasta la iglesia, donde vertió muchas lágrimas invocando al Santo mártir. Con el objeto de honrarle mas, erigió en arzobispado á Gnesne que ni aun era ciudad episcopal, y colocó en ella por primer arzobispo á un hermano del Santo llamado Gaudencio (999). Pero como esta ereccion se hizo sin el consentimiento del metropolitano y del obispo diocesano, que lo era el de Posnania, la trataron de irregular los autores contemporáneos. Quedó Posnania por esta razon bajo la antigua dependencia

del arzobispo de Magdeburgo, y el de Gnesne tuvo solo por sufragáneos á los obispos de Colberg, Cracovia y Vrotisla ó Breslau en Silesia; todo de acuerdo con el Papa.

Othon se esforzaba por expiar de todos modos las flaquezas que le habian obligado á suspirar de continuo y que su piedad sincera no cesaba de echarle en cara (1). Hacia algun tiempo que padecía una debilidad muy extraordinaria para sus pocos años, y que dió margen para sospechar que le habia envenenado el antiguo objeto de su pasion, es decir, Estefania, la viuda de Crescencio. Antes de morir tuvo el consuelo de volver á ver á San Heriberto, arzobispo de Colonia, uno de sus principales confidentes, y de morir en sus brazos. Este prelado, que hacia dos años residia en Colonia, habia acompañado antes en todos sus viajes al emperador, ejerciendo el empleo de canceller, ya por el arzobispo de Maguncia, archicanciller de Germania, y ya por el obispo de Como, gran canceller de Italia, segun los sitios en que se hallaba. Habíase grangeado de tal suerte el aprecio y el afecto de su señor, que fué necesario á este príncipe toda su religiosidad para consentir en separarse de él, siendo indispensable resolverse á este sacrificio para évitarse el peligro de la division en la iglesia importante de Colonia, y por la dificultad de reunir los votos en otra persona que en el virtuoso Heriberto.

El príncipe mostró mucha alegría al ver los auxilios que le llevaban á Italia el arzobispo y los demás señores de Alemania; pero la presencia del prelado le llenó de contento y tranquilizó del todo su espíritu. Hacia algun tiempo que llamaban mas su atencion los intereses de su alma que los de su poder. Los honores que recibia en público, no le impedían llorar en secreto los estra-

vios de su mocedad. Velaba durante el silencio de la noche, entregábase á toda la amargura de su compuncion, y derramaba un torrente de lágrimas. Prodigaba infinitas limosnas, y muchas veces ayudaba todos los dias feriados de la semana, á escepcion del jueves. Tratando de las cosas eternas con Heriberto, convinieron en que cualquiera de los dos que sobreviviere y regresase á Alemania, fundaria un monasterio en honor de la Santísima Virgen. A este efecto, dió desde entonces el emperador muchas tierras al arzobispo, quien despues de la muerte de Othon, acaecida en 23 de enero de 1002, cumplió su palabra, levantando la célebre abadía de Duit cerca de Colonia. Este jóven príncipe, que por sus virtudes y escelentes prendas fué llamado *la maravilla del mundo*, murió á los veinte y dos años de edad en Paterno, pequeña ciudad de Italia situada en la campiña de Roma. No dejó herederos, ni aun llegó á casarse: lo que puede escusar hasta cierto punto su inclinación á Estefania, y dar quizá algun colorido al nombre que esta tuvo de concubina suya. Enrique, duque de Baviera, fué elegido el día 6 de junio del mismo año, para suceder á Othon en calidad de rey de Germania.

En Francia causó mucho escándalo el casamiento del rey Roberto, quien habia sucedido á Hugo Capeto en el año 996. Amaba este príncipe tiernamente á Berta, con quien se habia casado á pesar de su afinidad espiritual, unida á los vínculos de la sangre, pues habia sido padrino de un hijo que tuvo esta parienta en su primer matrimonio. Declaróse al punto el Papa Juan XVI contra este escándalo; pero no pudo ponerle fin por impedirsele la muerte. Continuó su sucesor Gregorio V con inflexible firmeza lo que habia principiado Juan, y acordó absolutamente anular aquel matrimonio incestuoso segun la disciplina de aquel tiempo.

(1) Ditm. lib. 4, pag. 44.

